

REFLEXIONES A LO LARGO DEL PARQUE

VÍCTOR ALEGRÍA CORONA
Universidad de Chile
victor.alegria@uchilefau.cl

RESUMEN

El presente ensayo plantea una comparación entre la plaza fundacional americana con el parque lineal. Por un lado, la plaza fundacional, entendida por Giannini como espacio público eminentemente “reflexivo”, interrumpe la calle y permite la aparición de la ciudad compacta, ordenada y jerarquizada. Por otro lado, el parque lineal interviene la ciudad contemporánea, fragmentada, híbrida y desarticulada, como un vacío urbano direccionado y funcional, pero, al mismo tiempo, abierto, capaz de conducir los diversos flujos de personas, transporte, energía e información, y de generar nuevas relaciones a nivel territorial, propias de la ciudad contemporánea.

Palabras claves: ciudad latinoamericana, reflexión cotidiana, plaza fundacional, parque lineal, cotidianeidad

quienes hablan

bajo los árboles

hablamos

de lo que brota

de las grietas

del polo

opuesto

crudo debajo de la plaza

Kurt Folch

Líquenes

La plaza es un espacio constitutivo de toda urbe tradicional latinoamericana, espacio fundacional en el establecimiento de los centros urbanos que permitirían la expansión y conquista del territorio, hoy es parte indisoluble de la memoria y el imaginario de sus habitantes.

Si bien la plaza fundacional ha sufrido cambios y redefiniciones en su morfología y usos, su esencia como vacío central a partir del cual se genera y se vuelca, al mismo tiempo, la ciudad, permanece constante. Es una imagen, diremos, arquetípica, que se incrusta en lo profundo del ser ciudadano.

La plaza fundacional, entonces, se presenta en el interloquio del profesor Giannini como el espacio "reflexivo" por excelencia de la ciudad latinoamericana. Un vacío donde lo que debiera estar construido está ausente, que es capaz de interrumpir la linealidad de la calle y la continuidad de los edificios; un vacío central, que por su condición de tal, permite que la ciudad pueda mirarse y ser mirada.

Pero nuestras jóvenes ciudades ya no responden al patrón clásico de ciudad compacta: han experimentado una serie de transformaciones a partir del siglo XIX, como son la industrialización, procesos de apertura y democratización y, más recientemente, la masificación de las redes y la información, que han desdibujado y diluido sus fronteras tanto externas como internas, dando origen a nuevos tipos de vacíos y espacios abiertos, de diversa naturaleza y sentido.

Examinemos esto más de cerca. A saber, el área abierta de uso público no es una idea reciente, la plaza urbana es quizá tan antigua como el primero de los asentamientos, pues incluso en la época romana encontramos jardines, como el Porticus Liviae, que fueron trazados para uso público o, incluso, unas especies de protoparques en la cultura asiria, extensiones de terreno reservadas para ciertas actividades específicas al aire libre (Chadwick 2011, p.29).

Esta persistencia en el imaginario y la manera de conformar el espacio público no son casuales, ya sea una plaza, una vía agraria o un parque metropolitano, podemos sintetizar y categorizar cada uno de estos vacíos según su forma y la manera en que tenemos de recorrerlos y experimentarlos. Básicamente, estamos ante dos formas arquetípicas: el punto y la línea. No es casualidad que para el psicoanalista jungniano Joseph Henderson las imágenes arquetípicas se clasifiquen en dos categorías: la imagen centrada y la imagen de movimiento libre. Los espacios centrados son formas mandala típicas: poseen un punto fijo a partir del cual, a una distancia adecuada, se distribuye todo lo demás. El espacio lineal, en cambio, va siempre más allá de cualquier punto fijo, se extiende formando redes, enlaces y conexiones, proporcionando, como dice Henderson, "niveles de experiencia nuevos y distintos" (Halprin 2007, p.37).

Cabe preguntarse, entonces, cuáles son las formas de espacio público que definen hoy nuestra contemporaneidad o, más bien, cómo estas formas arquetípicas básicas siguen presentes en la ciudades y son el fondo de nuestros recorridos y vivencias urbanas.

Adentrarse en esta pregunta es interrogar el paisaje, no desde el qué, sino desde la forma en que los paisajes son tales, preguntarnos sobre su sentido actual. Significa, entonces, comprender el acaecer, no perseguir una definición del nombre y la cosa en sí. Una invitación a entrar en la cosa, recorrerla y develar su esencia, captando las relaciones de lo que allí acontece (Ferriolo 2007, p.132).

Sigamos recorriendo entonces la plaza fundacional descrita por Giannini, un espacio central a partir del cual la ciudad nace y se desarrolla alrededor de éste. Establezcamos a partir de ello un contrapunto con los espacios abiertos de la ciudad de hoy, desplazémonos a trote firme desde la urbe compacta para sumergirnos en espacios de carácter más líquidos y dispersos, por medio de un deambular más errático entre las

nuevas formas de espacio público que se abren en el horizonte, como son los parques lineales.

Éstos corresponderían claramente a una imagen lineal de movimiento libre, un espacio abierto tensionado por una dirección unívoca, pero que permite tener distintos niveles de experiencia a lo largo de su recorrido y gracias a la posibilidad de conectarse con distintas situaciones urbanas. Un vacío que por sus dimensiones y extensión es integrador, no sólo de lo estrictamente urbano, sino también de lo natural, lo geográfico, incluso lo salvaje o no domesticado.

Como vemos, la plaza corresponde a una imagen centrada, un punto fijo jerárquico y ordenador, mientras el parque lineal se sustenta en una imagen de movimiento libre, que se desarrolla conquistando la horizontal, vincula distintos elementos y se esparce tanto en los intersticios urbanos como en los geográficos-naturales.

Esto nos evidencia que desde la concepción formal establecen una diferencia radical a la hora de definir el espacio público: la plaza fundacional es centralidad pura, generadora de una morfología ordenada, compacta, donde las calles y los edificios poseen cualidades homogéneas de espacialidad y forma, donde el perímetro que conforma la plaza es unívoco, equivalente y puro, siempre estable. A partir de este centro, podrán desarrollarse ejes axiales, pero enfatizamos que el punto de origen siempre es estático, fijo e inmutable.

Por el contrario, la forma lineal del parque es direccionada, se extiende y acompaña aquello que acontece, tanto si es una morfología compacta y regular, como una fragmentada y discontinua, o bien un accidente geográfico que irrumpe en el paisaje. La adaptación y mutación son parte intrínseca de la morfología del parque y la línea entonces no es más que la definición de un borde: su flexibilidad formal permite

aquí definir los contornos y vincular aquello que antes podía estar fragmentado o presentar discontinuidades.

Y dichas formas, encarnadas en la materia de nuestras ciudades, dejan de ser diagramas trazados en un plano, poseen un espesor espacial y temporal, con características propias de ocupación y uso, donde cada una proporciona al ciudadano experiencias de carácter diverso y conducen a procesos "reflexivos" de distinta naturaleza.

Como señalamos al principio, la plaza tradicional se presenta como un vacío que interrumpe la calle. Aquella linealidad funcional y eminentemente conectora sufre una pausa rotunda: hace al caminante encontrarse con la ciudad y a ésta también encontrarlo, ambos son develados en esta pausa espacial, donde el transcurrir direccionado y tensionado de la urbe se suspende, en un espacio exento de tensiones dada la estabilidad de su forma y perímetro.

Podríamos aventurarnos a decir que posee un carácter platónico: sitúa al habitante en su centro, haciendo presente toda la vida urbana a su alrededor. Su forma conduce un recorrido que es "en sí mismo", de carácter circular, donde la plaza se mira siempre desde la plaza, porque fuera de ella no es posible percibirla dado que se esconde en el corazón de la ciudad, como el claro que aparece de súbito en medio del bosque.

El parque lineal, por naturaleza, siempre es direccionado, sus espacios se van sucediendo de manera secuencial a medida que se recorre, lo que posibilita tener una percepción parcial o total según la longitud del recorrido efectuado. Dado que el parque no interrumpe la calle, sino que la acompaña, define un borde de carácter difuso y variable, donde es posible ingresar y entrar en contacto con su espacialidad desde diversos puntos, al tiempo que podemos salir de él de la misma manera. Esto implica

que, a diferencia de la plaza, su vivencia generalmente es fragmentada. Posee una tensión intrínseca, porque en él vamos "desde" y "hacia", podemos observar lo que está "aquí" y lo que está "allí", a lo lejos, en el paisaje.

Una espacialidad que no sólo está confinada por la arquitectura de los edificios, sino que admite deformaciones y alteraciones producidas por la geografía y donde los hitos lejanos del paisaje pueden aparecer y acompañar el recorrer como fondo que confiere una escala y conciencia de la ciudad incluso más allá de sus límites.

Adentrándonos en otro aspecto de los espacios públicos, encontramos en la plaza un tiempo que se contrapone al transcurrir lineal y direccionado de la calle. El de la plaza es un tiempo que parece suspenderse, detenerse, dada su forma simétrica y estática, donde las tensiones se ven anuladas y el perímetro permanece estable, continuo, rotundo. Allí la estabilidad está garantizada tanto por su forma como por las instituciones que conforman el límite perimetral de cada uno de sus lados.

Un vacío que reclama pausa y detenimiento; conforme nos acercamos a su centro, la sensación de atemporalidad aumenta y se ve reforzada por la percepción cada vez más equivalente de cada una de las fachadas que la envuelven.

Pero en el parque el tiempo pasa, tiene un ritmo y un sentido, podemos ir más rápido o más lento, pero nunca dejamos de ir, porque aunque "estemos" y nos "sentemos como en la plaza", dicho detenimiento no es más que una pausa dentro del devenir del parque.

Aquí el tiempo transcurre en el marco de una dirección definida, percibimos la ciudad desde distintos puntos, podemos acercarnos o alejarnos respecto a diversos elementos, lo que conlleva a que el individuo se sitúe siempre desde dinámicas de proximidad y lejanía, tensionando el tiempo, más vinculado con aquello que se da en la calle y en las redes de la ciudad actual.

Un vacío donde la vida urbana converge, la plaza es un centro del acontecer, donde los ciudadanos confluyen y manifiestan su condición cívica en plenitud, tanto respetando la tradición y orden establecido a través de ritos cívicos o, por el contrario, impulsando cambios y reestructuraciones de las instituciones que allí se ven representadas, proponiendo nuevas directrices de orden a través de un acto básico como es la mera presencia de un grupo en un espacio de carácter simbólico.

Dado que es allí en la plaza donde se manifiesta el orden y estructura que da forma a la ciudad de manera más patente, es justamente allí donde las fuerzas que buscan cambiar ese orden encuentran lugar para manifestarse, para generar cuestionamientos a lo que implica ser ciudadano y parte de un orden mayor.

El parque lineal en ningún caso podría acoger semejantes procesos, ya que éste como indicábamos, posee un carácter integrador, donde los fragmentos de ciudad, infraestructura y naturaleza se van articulando por medio de este espacio extendido que los zurce y vincula. Un dispositivo urbano-ambiental que forma redes de conexión no sólo entre lo urbano, sino que también es capaz de extenderse a la periferia, a lugares marginados y a porciones de gran valor natural.

En la ciudad de hoy, no es ya aquel ciudadano "endomingado" el que acude a mirar y ser mirado en la plaza, sino más bien grupos e individuos que se desplazan, corren, conducen y atraviesan distintos niveles de la espacialidad tensionada y direccionada del parque, donde no sólo se observan las edificaciones y monumentos que podrían componer su perímetro, sino que encontramos también referencias al territorio y sus accidentes geográficos mayores.

Existe la posibilidad de que hoy la ciudad se defina menos por lo cívico y más por lo barbárico, por fragmentos contradictorios de ciudad que flotan entre no-lugares y espacios del olvido y el abandono, y por ciudadanos de carácter más nómada, que

atraviesan esta serie de llenos y vacíos a grandes velocidades, donde el valor está en la capacidad de establecer conexiones y redes, más que en la permanencia en lugares definidos y jerarquizados.

La ciudad contemporánea se parece más bien a una piel de leopardo, con unas manchas vacías dentro de la zona construida y unas manchas llenas en medio del campo abierto. Al elevarnos y contemplar este panorama, la visión no es muy tranquilizadora, puesto que seríamos incapaces de reconocer en este extraño magma un centro y una periferia (Careri 2013, p.155).

No es de extrañar que las grandes extensiones de parques lineales sean hoy una estrategia para regenerar e integrar a la ciudad una serie de espacios olvidados o degradados, un dispositivo espacial que es capaz de acoger la complejidad de los procesos que se dan en la ciudad actual y que expande las posibilidades del ser ciudadano al integrar la conciencia de las dinámicas naturales, que hoy más que nunca definirán las formas de crecimiento y expansión de nuestra civilización.

El parque es hoy uno de los símbolos más convincentes del uso civil del suelo público, el lugar por excelencia donde la sociedad puede ver reflejada su aspiración de revancha de la naturaleza sobre la metrópolis y la redención de las innumerables devastaciones ecológicas (Donin 2007, p.146).

Es, entonces, el parque en su versión lineal un detonante de procesos que podríamos llamar refundacionales, en el sentido de re-conquistar, re-componer y re-articular la dispersión y fragmentación de la urbe contemporánea. Un espacio donde el acto "reflexivo" no se da en el detenerse, en la presencia civilizadora de las instituciones y la arquitectura, sino que en su recorrer "refleja" esta dicotómica relación entre ciudad y territorio, entre fuerzas inestables y dinámicas que moldean la vida del ciudadano contemporáneo.

Somos conscientes de que cada sociedad produce, cultural e históricamente, su propia variedad de confines, que se reflejan de una u otra manera en los paisajes que los acompañan. Estos confines no son más que límites o bordes que definen tipos específicos de relación entre un dentro y un fuera, entre nosotros y el mundo. Lugares capaz de ponernos en un contexto concreto, de situarnos y colocarnos para pensar nuestro estar en el mundo (Zanini 2007, p.40).

Son quizá los parques lineales espacios que reflejan con mayor claridad las nuevas condiciones en que nuestra sociedad desarrolla y redefine lo que es ser ciudadano, donde es capaz de establecer nuevas relaciones con los espacios de tan diversa naturaleza que dan forma o, más bien, difuminan nuestra ciudad. Un vacío por el que podemos transitar de manera muy funcional y direccionada, pero donde también podemos vagabundear o errar por sus trazados, donde en este caminar a lo largo no es raro que surjan preguntas irresueltas sobre nuestra ciudad actual, los nuevos vacíos urbanos y la naturaleza de las comunidades que los habitan, en fin, no es de extrañar que surjan este tipo de reflexiones a lo largo del parque.

BIBLIOGRAFÍA

- Batlle, Enric. (2011), *El jardín de la metrópoli*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Careri, Francesco. (2013), *Walkscapes, El andar como práctica estética*. Barcelona. Editorial Gustavo Gili.
- Chadwick, George. (2011), “The Park and de Town”, en Batlle, Enric (2011), *El jardín de la metrópoli, Del paisaje romántico al espacio libre para una ciudad sostenible*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

- Cisternas Ampuero, Cristián. (2011), *Imagen de la ciudad en la literatura hispanoamericana y chilena contemporánea*. Santiago de Chile: Universitaria, 2011.
- Colafranceschi, Daniela. (2007), *Landscape+100 palabras para habitarlo*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Donin, Gianpero. (2007), “Parque”, en Colafranceschi, Daniela. (2007), *Landscape+100 palabras para habitarlo*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Ferriolo, Massimo. (2007), “Mirada”, en Colafranceschi, Daniela. (2007), *Landscape+100 palabras para habitarlo*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Folch, Kurt. (2014), *Líquenes*. Santiago de Chile: Calabaza del Diablo.
- Giannini, Humberto. (1999), *La "reflexión" cotidiana, hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Halprin, Lawrence (2007), “Conexiones”, en Colafranceschi, Daniela. (2007), *Landscape+100 palabras para habitarlo*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Zanini, Piero. (2007), “Confín”, en Colafranceschi, Daniela. (2007), *Landscape+100 palabras para habitarlo*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.